



La predicación del Evangelio se encuentra hoy ante una nueva situación. Lo nuevo no es que el Evangelio se encuentre frente a una nueva situación, sino la situación misma. El Evangelio ya se ha encontrado a lo largo de su historia con muchas situaciones nuevas y difíciles. Ya el trasplante de la semilla evangélica del pequeño terreno provinciano, en el que había nacido, al campo abierto de la amplia y desdeñosa cultura helénica, le impuso una crisis que sólo la enorme vitalidad de la “más pequeña de las semillas” era capaz de superar. Después vendría la predicación a los pueblos bárbaros, la aparición del individualismo renacentista, el rompimiento político y religioso de la unidad medieval, la ilustración, el racionalismo y, finalmente, la situación en que nos encontramos hoy y que vamos a tratar ante todo de analizar. Para un juicio de valor sobre la actual situación, estamos demasiado cerca.

La nueva situación se suele llamar “secularismo” una palabra derivada del latín “saeculum” (mundo) y capaz, como ésta, de colorearse con toda una gama de matices, positivos y negativos. El sentido de la palabra *mundo* es complicado aun dentro del mismo Nuevo Testamento. En el mismo acusado dualismo de San Juan, para el que el

LA NUEVA SITUACION

mundo entero está bajo el maligno (1 Jn 5, 19) este mundo es, sin embargo, el objeto del amor del Padre y de un tal amor que entregó a su Hijo Unigénito por la salvación del mundo (Jn 3, 16). Después a lo largo de la historia del Cristianismo la palabra se ha ido cargando de nuevas sugerencias, generalmente peyorativas. Huir del mundo era el ideal de la ascética; volver al mundo, el equivalente de la apostasía de la vida religiosa. El mundo es, junto con el demonio y la carne, uno de los enemigos del alma.

La palabra mundo ha conservado, sin embargo, junto a estas significaciones de carácter religioso y ético, su significación fundamental de *mundo físico*, el Cosmos en toda su universalidad, y en particular en su relación al hombre. Esta significación la podemos calificar, desde un punto de vista religioso o moral como "neutra", porque no implica ningún juicio de valor, negativo o positivo. Naturalmente el mero hecho de poder llamar a esta significación "neutra" implica ya una actitud determinada frente al mundo físico. Esta actitud es precisamente la que queremos examinar ahora para determinar en qué consiste la nueva situación y como se ha llegado a ella y aún cómo el Cristianismo mismo ha podido ser origen de esta situación.

R. Franco

Para determinar la naturaleza de esta situación tenemos que volver la mirada a una mentalidad muy lejana de la nuestra, pero vigente aún cuando irrumpe el Evangelio en la cultura mediterránea del siglo primero. Para el pagano sencillo de aquel tiempo el mundo está penetrado totalmente por la acción de los dioses. No solamente los aspectos más impresionantes de la naturaleza: las tempestades, el rayo, los ciclos misteriosos de la vegetación; sino aun las acciones más triviales se deben a los dioses. Ya en los primeros versos de la *Iliada* aparece Atenea mezclada en la disputa que sostienen Aquiles y Agamenón. Cuando Aquiles se disponía ya a sacar la espada "vino Atenea del cielo... púsose detrás del Pelida y le tiró de la blonda cabellera, apareciéndosele a él tan solo; de los demás ninguno la veía", Atenea logra persuadir a Aquiles para que se contente con injuriar a Agamenón de palabra. La interna deliberación del Héroe aparece como un diálogo secreto (nadie sino él veía a Atenea) con la diosa. Y de la misma manera que la psicología humana estaba movida inmediatamente por los dioses, la naturaleza entera se poblaba de seres sobrenaturales que eran los causantes inmediatos de los fenómenos del cosmos. Estos hombres veían detrás de cada árbol una dríada y en cada fuente una náyade, y en el amor a Eros y a Afrodita y en el fuego a Efaisto y en la guerra a Ares. Este mundo tan poético y tan transido de acciones sobrenaturales, estaba naturalmente sustraído a la intervención del hombre. En todo caso, si el hombre se atrevía a intervenir en él su empresa se podría calificar de "titánica", de audacia contra el poder de los dioses, y su destino tenía que ser el de ser derribado por los rayos de Zeus, como los titanes mismos, o el de ser encadenado como Prometeo, el primero que se atrevió a someter la naturaleza al poder de la técnica. En esta mentalidad cada conquista de la técnica tenía que ser considerada, de alguna manera,

como una conquista de la autonomía de los hombres frente al poder de los dioses. Sólo dos actitudes son posibles en esta mentalidad: la pasividad absoluta o el desafío prometeico al poder de los dioses.

No hace falta decir que el cristianismo significa el fin de esa mentalidad al desterrar del mundo todo ese ejército de dioses y semidioses, que, si por una parte sacralizaban el mundo, por otra lo sustraían a la acción del hombre. La célebre frase de S. Pablo a los Corintios: "Todo es vuestro: Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la vida, la muerte, el presente, el futuro, todo es vuestro y vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios" (1 Cor 3, 21-23) se puede considerar como la carta magna de la libertad cristiana para intervenir libremente en el mundo, para transformarlo, sin perder sin embargo nuestra vinculación fundamental a Cristo y a Dios. En el mismo sentido hay que colocar las afirmaciones de San Pablo en las que propone la libertad del Cristianismo con relación a los preceptos rituales que determinaban los alimentos puros y los impuros: "El reino de Dios no consiste en la comida o en la bebida, sino en la justicia, la paz y el gozo en el Espíritu Santo" (Rom 14, 17) en lo cual no hace sino seguir las indicaciones del mismo Cristo cuando decía: "No lo que entra en la boca del hombre contamina al hombre, sino lo que sale de su boca, eso es lo que mancha al hombre" (Mt 15, 11) y que tiene su expresión más radical en la frase del mismo S. Pablo a los Corintios: "Todo me está permitido" (1 Cor 6, 12), un lema que podría llevar al libertinaje si el mismo apóstol no lo hubiera completado con la limitación que la caridad puede imponer a esa libertad: "Todo me está permitido, pero no todo es conveniente. Todo me está permitido, pero yo por nada me dejaré dominar"

La mentalidad correspondiente a esta libertad con relación al mundo no se impuso sin embargo de pronto. No

es fácil superar los prejuicios que han pesado durante siglos sobre la humanidad. Vestigios de esta mentalidad, que podemos llamar prometeica, los seguimos encontrando hasta nuestros días. Una anécdota del siglo XVIII es aleccionadora en este sentido: "A partir del año 1754 se extendió el uso del pararrayos. Algunos teólogos protestaron contra su empleo: la tormenta y los rayos eran testigos de la cólera divina. Era, pues, impío oponerse a su poder de destrucción. Otros teólogos y filósofos decían que el hombre tiene el deber de protegerse de los rayos, lo mismo que lo hace de la lluvia, la nieve o el viento por los medios que Dios mismo ha puesto en sus manos. El pueblo se asustaba a veces de este instrumento. En 1783 un gentilhomme de Saint-Omer hizo colocar en su casa un pararrayos que terminaba en una espada que amenazaba al cielo. El pueblo se amotinó y el municipio dio orden de derribarlo" (1).

Evidentemente tanto los teólogos que se opusieron a la instalación del pararrayos, como el gentilhomme que lo puso como amenaza al cielo, tenían una mentalidad prometeica y suponían que las conquistas sobre la naturaleza suponen de alguna manera una invasión del terreno propio de lo divino.

Otra anécdota, esta vez de España, nos deja entrever la causa profunda de esta mentalidad y de su persistencia. Cuando se trató de la canalización del Tajo y del Manzanares en tiempos de Felipe IV, se reunió una comisión de teólogos que dictaminaron que no se debía hacer semejante canalización, pues si Dios hubiera querido que el Tajo y el Manzanares fueran navegables lo hubiera hecho, con una sola palabra, ya desde el principio (2).

(1) Véase: G. ROTUREAU, en *Recherches et Débats*, N. 31 (*La técnica et l'homme*) Paris 1960, p. 153.

(2) G. MARAÑÓN, *El Conde-Duque de Olivares* (Espasa Calpe 1945) p. 220, n. 6.

En una mentalidad fixista, para la que el mundo está actualmente tal y como salió de las manos de Dios en el día de la creación, el intervenir en la obra de Dios parece tener siempre un matiz de corrección de la obra de Dios y en ese sentido, a pesar de la desmitificación del mundo por el cristianismo, se resiste todavía a intervenir en él.

Tal vez haya que colocar dentro de esta mentalidad la reacción primera contra la introducción del parto sin dolor en nuestros mismos días, aunque aquí el principio de oposición era de alguna manera distinto y la reacción fue breve.

Lo que sí es indiscutible es que la crítica marxista de la religión, al menos la crítica popular, da por supuesta esta mentalidad religiosa y ésta es precisamente la que combate. Incluso se sirve expresamente del mito de Prometeo para exponer la oposición actual entre ciencia y religión. En una revista rusa de vulgarización científica, llamada "Ciencia y Vida" el Profesor Bykovsky presenta el ateísmo marxista como la liberación definitiva de Prometeo: "Ya no se volverá a encadenar más a Prometeo" es precisamente el título de su artículo. Y en la misma revista escribe Gudojnik sobre la oposición absoluta entre ciencia y religión con el título: "Técnica y Religión"; "La intervención activa del hombre en el proceso de la naturaleza en interés de la sociedad, se opone directamente a la enseñanza religiosa. En los libros sagrados de todas las religiones se insiste en la idea de que el hombre no debe transformar el mundo porque este es obra de Dios y por tanto perfecto. ¿No se dice en el Evangelio: No os preocupéis de lo que tenéis que beber o comer... Mirad los pájaros del cielo...? De la misma manera la religión se opone también al conocimiento del mundo por el hombre. El conocimiento está estrechamente ligado a la actividad productora y transformadora del hombre. Por eso Marx llama a la técnica la potencia materia-

lizada del conocimiento, mientras que en los libros sagrados se prohíbe a los hombres el conocimiento de la naturaleza. Para convencerse bastaría con citar la leyenda bíblica de la caída de Adam y Eva. Los primeros hombres fueron maldecidos y expulsados del paraíso por Dios precisamente porque se enfrentaron a la prohibición de probar del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal. El hombre no puede conocer la verdad más que por la revelación divina, pues el verdadero conocimiento es el patrimonio exclusivo de Dios, como enseña la religión" (3).

No hace falta decir que este alegato contra la religión tiene vigencia sólo contra un concepto mítico, o, como lo hemos llamado antes, prometeico, de la religión. Pero el mero hecho de que resulte convincente para muchos es un indicio de la pervivencia de ese concepto de lo religioso.

La liberación que ha traído el cristianismo para la actuación del hombre en el mundo, no se ha hecho efectiva aún para muchos. Pero hay otro problema que es el que caracteriza de hecho más de cerca la situación actual y al que tenemos ahora que prestar atención.

La liberación del mundo por el cristianismo no significaba una desacralización del mundo. Queremos decir: el que el mundo fuera entregado a la libre actividad del hombre, no quería decir que el mundo dejara de ser transparente para la acción trascendente de Dios. El mundo cristiano por su principio (creación) y por su fin (recapitulación de todas las cosas en Cristo y con Cristo en Dios) quedaba abierto a la iluminación que proviene de Dios y así, de alguna manera, la historia toda del mundo está transida de esa luz trascendente. El hombre que vive en esta

atmósfera es el hombre religioso. El mundo no es para él profano, en el sentido literal de la palabra: lo que está delante—y fuera—del santuario de Dios, sino sacro, es decir, el mundo es una perpetua epifanía de lo divino. Pero eso es precisamente lo que el mundo de hoy ha dejado de ser para una gran mayoría del género humano. El mundo se ha hecho opaco para la realidad última. La presencia de Dios en el mundo para una gran mayoría no solamente no es obvia, sino que ni siquiera es interesante. Y eso es precisamente lo que queremos decir cuando afirmamos que el evangelio se encuentra hoy frente a una situación totalmente nueva. La base común: La creencia en Dios, de la que ha partido generalmente la predicación del evangelio, está hoy ausente para una gran mayoría de la humanidad. Si San Pablo podía empezar su predicación en Atenas diciendo: "Atenienses, veo que sois hombres extraordinariamente religiosos" y predicarles a ese Dios desconocido al que habían elevado un altar (Hechos de los Apóstoles 17, 22) hoy no podríamos hacer lo mismo en París o en Moscú.

¿Cuáles son las causas que han dado origen a esta situación? Las causas son complejas y vienen actuando desde siglos, aunque tal vez hasta ahora no hemos caído en la cuenta de la radicalidad de la nueva situación. Son complejas porque se trata ante todo de la creación de un ambiente, pero podemos destacar algunas, que ciertamente han tenido parte importante en la creación de esta atmósfera, cerrada a la trascendencia. En primer lugar tenemos que poner la ciencia actual. La ciencia como tal no es ni debe ser nunca una fuente positiva de ateísmo. Como explicación del mundo de los fenómenos es algo esencialmente neutro desde el punto de vista religioso. La ciencia como tal tiene que explicar la realidad de este mundo por causas inmanentes al mundo mismo, evitando un recurso a una causa trascendente, que quedaría fuera del terreno de su competencia y

(3) Citado por A. DONDEYNE, *Recherches et Débats* N. 31 p. 131.

que, en ocasiones, no sería más que un paliativo de la ignorancia. Así la ciencia ha ido explicando poco a poco fenómenos en los que en un tiempo menos científico se vio la intervención inmediata de causas sobrenaturales: Los eclipses, los ciclos de la vegetación, el rayo, la curación de determinadas enfermedades por sugestión, etc. El prescindir de la intervención de una causa trascendente es un postulado metodológico de la ciencia y en ese sentido decimos que es "religiosamente neutra". Pero la neutralidad en lo religioso es dificultosa de mantener. La precisión metodológica se convierte fácilmente en dogmática. La tentación de la autarquía absoluta del hombre es difícil de resistir. Hay, pues, dentro de la misma ciencia, como la hay en el poder, una inclinación a la absoluta independencia (4). Pero en la separación histórica que se da entre ciencia y religión ya a partir del renacimiento han influido también causas históricas que no son difíciles de detectar y que en gran parte son las que han motivado el carácter absolutamente "secular" de la ciencia de hoy.

Por una parte el intervencionismo de las autoridades eclesiásticas en cuestiones científicas motivó una reacción de rebeldía, explicable en cierto sentido. Basta recordar el caso Galileo, a pesar de todas las explicaciones plausibles que se pueden dar para explicar la intervención eclesiástica en el problema.

(4) La inclinación a la autarquía no está, naturalmente, en la ciencia misma, a la que hemos calificado de «neutra», sino en el hombre que cultiva la ciencia. Es la naturaleza caída del hombre, la «carne» en el sentido Paulino, la que tiene esa tendencia a la autarquía, a la autonomía absoluta. Juan XXIII en su discurso de apertura del Concilio ponía en guardia contra este peligro. «La Iglesia, dice, siempre ha luchado para evitar que aquellos a los que se dijo: «poblad la tierra y dominadla» (Génesis 1, 28) se olviden alguna vez de aquel gravísimo precepto: «Al Señor tu Dios adorarás y a El sólo servirás» (Acta Apostolicae Sedis 54 (1962) p. 791.

Pero por otra parte ha tenido un influjo mucho más decisivo una reducción de la religión al campo de la conciencia y más limitadamente al campo del sentimiento religioso que ha creado una sima, difícilmente franqueable, entre religión y mundo. Esta reducción, que comienza sobre todo con Lutero, se agudiza posteriormente con las tendencias anti-intelectualistas o sentimentalistas de la religión, que pretendían precisamente liberar a la religión de toda posible intromisión de las ciencias en sus dominios. La consecuencia ha sido un empobrecimiento progresivo de la religión, aislada de todo contacto con un mundo, que por otra parte cada vez se sentía más plétórico de vida. Así el cristianismo, sea por identificarse de manera excesiva con una determinada concepción cosmológica, como fue el caso de la Iglesia católica, sea por encapsularse en el reducto del sentimiento religioso (una orientación de la teología protestante que pasa por Ritschl y Kierkegaard) se ha encontrado de pronto aislado de todo un universo que continúa su vida al margen de la preocupación religiosa. Recordamos las palabras del P. Teilhard de Chardin en una de sus cartas de viaje cuando hablaba de una conferencia tenida en Pekín por un profesor de Harvard que exponía simple y humildemente su manera de comprender el despertar del pensamiento en la serie animal. «Yo pensaba, dice Teilhard, en el abismo que separa el mundo intelectual, en el que yo me encontraba y del que comprendía el lenguaje, del mundo teológico y romano, cuyo idioma también me es conocido (5). Esa diversidad de idiomas, que tanto separa, es un símbolo de la separación creciente de estos dos mundos: el mundo de la religión y el mundo de la ciencia, el mundo de lo secular, si podemos emplear esta expresión pleonástica.

(5) *Lettres de voyage* (1923-1939) París 1956, p. 91s.

Pero aún sin llegar a la rebeldía, simplemente por la distancia de la indiferencia, la ciencia con su preocupación exclusiva por lo inmediato y verificable, con su reducción a la explicación del mundo por las causas inmanentes al mundo mismo, crea un ambiente menos propicio para la experiencia de lo religioso en los fenómenos de la naturaleza. El absorberse por completo en lo inmediato y cercano deja poco espacio para percibir detrás de esto lo "trascedente".

Si la ciencia, por las condiciones históricas de su desarrollo actual, ha contribuido a la creación de ese ambiente de secularismo, es decir, de opacidad del mundo para Dios, otro de los elementos que ha contribuido a la creación de ese ambiente es la técnica. Esta crea un ambiente, un mundo para el hombre, del que el hombre mismo es su exclusivo demiurgo. El hombre vive cada vez más en un ambiente artificial, creado por él mismo. Desde que nace en una clínica, hasta que muere rodeado de complicados aparatos en una tienda de oxígeno, aquello con lo que el hombre está en contacto es, cada vez en mayor proporción, creación del hombre mismo. Imaginémoslo lo que serán los futuros habitantes de la Luna, para los que el único universo sobre el desolado paraje lunar, será un firmamento de plástico y metal, con atmósfera artificial, agua artificial, alimentos artificiales, i. e. un universo en el que el hombre no tropieza a cada paso más que con el hombre mismo. Y aun en su interior, en esas situaciones que llamamos límites, el hombre se acostumbra cada vez más a ser manipulado por la técnica. En la angustia, el miedo, el sentimiento de culpabilidad, el hombre actual busca remedio en la sicoterapia, los atarácicos, los hipnóticos, los estimulantes.

No vamos a estudiar ahora si esa solución es en realidad un mero paliativo y no una solución al problema real del hombre. Lo que nos interesa es descri-

bir la situación actual de este hombre, que hemos llamado secular, y que no es necesariamente el que vive oficialmente separado de la Iglesia.

La consecuencia de esta actitud del hombre actual es que el hombre espontáneamente llega a considerarse como el único demiurgo del hombre mismo, y por consiguiente como el único responsable del futuro de este hombre. De ahí nace una moral autónoma de responsabilidad por este mundo, una moral que quiere ser a la vez realista (moral de este mundo, único realizable por el hombre) y desinteresada (sin preocupación de recompensas eternas).

Con estas líneas no pretendemos en modo alguno establecer una valoración negativa de la actual situación cultural, sino únicamente describirla en algunos de sus aspectos para realizar conscientemente los problemas que implica a la predicación del evangelio. San Pablo tenía sus problemas cuando predicaba el evangelio a los griegos o a los judíos (las religiones paganas, la inmoralidad, el legalismo etc.). Nosotros tenemos los nuestros y, partiendo de la descripción que hemos hecho, creo que podemos reducirlos a tres:

1. Falta de interés por las cuestiones últimas: sentido de la vida y de la muerte, fundamento de nuestra existencia, salvación futura, etc.

2. Sentido positivista, para el que la verificabilidad (propia de las ciencias naturales) se toma como único criterio de objetividad.

3. Moralismo que pretende ser a la vez realista y desinteresado.

Esta situación nos obliga a buscar en primer lugar cual es el punto de apertura que esa humanidad, tan indiferente, al menos en apariencia, presenta para escuchar el mensaje evangélico. En segundo lugar el espíritu positivista nos obliga a una mayor sobriedad en la exposición, diríamos a una

ascética de la predicación, descartando los recursos fáciles, que, si pueden proporcionarnos éxitos momentáneos, pueden ser fatales como puntos de ataque de otras ideologías. En tercer lugar nos obliga a una revisión de nuestra moral, sobre todo para redescubrir el modo de dar al cristiano, a partir de la misma fe cristiana, el sentido de responsabilidad por el mundo presente. Y todo esto lo tenemos que hacer con urgencia, pues la rapidez con la que el hombre vive hoy en día no permite que se difiera la solución.

Aún no conocemos, en el momento de redactarse estas líneas, la redacción definitiva del ya célebre esquema trece. Pero no dudamos de que está inspirado por la preocupación pastoral frente a estos problemas. Y en eso responderá a la finalidad que asignaba al Concilio Juan XXIII en el discurso de apertura, con cuyas palabras queremos terminar este artículo: "Nuestro deber no está sólo en custodiar este precioso tesoro

(de la doctrina tradicional) como si únicamente nos preocupásemos de la antigüedad, sino en dedicarnos con decisión y sin temor a la obra que nuestra época exige, prosiguiendo así el camino que la Iglesia recorre desde hace veinte siglos" (6).

A pesar de la oscuridad que la situación actual parece tener para la predicación del evangelio, creemos que debemos participar del optimismo y la esperanza que alumbraron el corto pontificado de Juan XXIII: "Haciendo nuestra la recomendación de Jesús, de saber distinguir "los signos de los tiempos" nos parece descubrir en medio de tantas tinieblas no pocos indicios que hacen tener buenas esperanzas sobre la suerte de la Iglesia y de la humanidad" (7).

(6). Acta Apostolicae Sedis 54 (1962) p. 791.

(7) Acta Apostolicae Sedis 54 (1962) p. 6.

